

CLIFFORD D. SIMAK
HERENCIA DE ESTRELLAS

SUPER
FICCIÓN



A miles de años en el futuro, cuando los casi indestructibles cráneos de los destruidos robots alfombran los bosques del continente americano, Tom Cushing emprende una búsqueda. Parte en dirección al oeste para hallar el fabuloso «Lugar de ir a las estrellas». Allí residen los extraños artefactos de otros mundos que sus antepasados habían traído consigo antes de la catástrofe que devolvió a los humanos a una vida semisalvaje sin ninguna clase de tecnología... La misión de Tom Cushing es recuperar el conocimiento perdido y la herencia de la vieja civilización.

1

Una de las curiosas costumbres que surgieron del Colapso fue la práctica de erigir pirámides con cajas craneanas de robots, de la misma forma que algunos antiguos bárbaros asiáticos erigían pirámides de cabezas humanas que más tarde se convertían en cráneos, para conmemorar una batalla. Aunque la costumbre de las cajas craneanas no es universal, hay suficientes evidencias proporcionadas por los relatos de los viajeros que muestran que es practicada por muchas tribus sedentarias. Las poblaciones nómadas pueden poseer también colecciones de cajas craneanas, pero éstas no son erigidas en pirámides excepto en ocasiones ceremoniales. Ordinariamente son almacenadas en arcones sagrados que, cuando la tribu se halla en marcha, ocupan posiciones de honor, siendo trasladados en carromatos a la cabeza de la columna.

Generalmente, se ha creído que esta fascinación hacia las cajas craneanas de robots puede conmemorar el triunfo del hombre sobre las máquinas. Pero no hay una evidencia innegable de que eso sea así. Es posible que la simetría de las cajas craneanas posea un atractivo estético completamente distinto de cualquier otro significado real o imaginario. O es posible que su conservación sea una reacción inconsciente a una permanencia simbólica, puesto que de todas las cosas creadas por el hombre tecnológico, dichas cajas craneanas son las más duraderas, ya que están construidas con un metal mágico que desafía tanto al tiempo como al clima.

—De la *Historia del fin de la civilización*, de Wilson.

2

Thomas Cushing cavó las patatas durante toda la tarde, en el pequeño campo en el bancal encima del río, entre el río y el muro. El campo estaba dando una buena cosecha. Si no caía sobre ellas alguna enfermedad imprevista, si no eran saqueadas alguna noche oscura por alguna de las tribus del otro lado del río, si ninguna otra desgracia se abatía sobre ellas, cuando llegara el tiempo de la cosecha podría recoger bastantes cestos. Había trabajado duro para producir aquella cosecha final. Se había arrastrado sobre manos y rodillas por entre los surcos, arrojando a los gorgojos de la patata fuera de las plantas con un pequeño bastón que sostenía en una mano y atrapándolos mientras caían en el cubo de corteza que sostenía en la otra. Atrapándolos a fin de que no volvieran a reptar a las plantas de nuevo desde donde habían caído, comiéndose las hojas. Se había arrastrado arriba y abajo por entre los surcos, sobre manos y rodillas, con los músculos quejándose del castigo, mientras un despiadado sol lo martilleaba de tal modo que le parecía que se arrastraba en medio de una niebla miasmática compuesta por un aire estancado y sobrecalentado, muy finamente mezclado con el polvo levantado por su propio arrastrarse. A intervalos, cuando el cubo de corteza estaba casi lleno de los retorcientes, entremezclados y capturados bichos, se dirigía a la orilla del río, tras marcar el lugar donde había interrumpido su trabajo clavando el palo en el suelo; luego, agachándose en la orilla, se tendía todo lo posible sobre la corriente para vaciar el cubo sobre el agua, agitándolo con fuerza a fin de hacer caer a los últimos in-

sectos que intentaban aferrarse a sus paredes, enviándolos a un viaje al que pocos de ellos iban a sobrevivir y que llevaría a los pocos supervivientes muy lejos de su campo de patatas.

Mentalmente, a veces, hablaba con ellos. «No quiero haceros daño —les decía—; hago esto no por malicia, sino para protegerme a mí mismo y a los de mi especie, quitándoos de ahí para que no os comáis los alimentos con que yo y los demás contamos.» Pidiéndoles disculpas, explicándoles que no debían irritarse con él, de la misma forma que los antiguos cazadores prehistóricos se habían disculpado y habían explicado ritualmente sus razones a los osos que mataban para un festín.

En la cama, antes de irse a dormir, pensaba de nuevo en ellos, viéndolos otra vez, pequeñas formas agitando las patitas en los remolinos del agua y siendo arrastrados rápidamente hacia un destino que eran incapaces de comprender, sin saber por qué o cómo habían llegado a tal destino, incapaces de impedirlo, sin medios para escapar a él.

Y una vez los había arrojado al río, de vuelta a arrastrarse una vez más por entre los surcos para recolectar nuevos insectos que arrojar al mismo destino.

Luego, más avanzado el verano, cuando los días iban arrastrándose sin que cayera ni una gota de lluvia, con el sol golpeando desde el cuenco azul de un cielo sin nubes, se esforzaba cargando cubos de agua desde el río, con un balancín apoyado sobre sus hombros, para proporcionar a las sedientas plantas la humedad de la que carecían; caminando sin tregua día tras día hasta la orilla del río y trepando luego la empinada ladera, transportando el agua para su cosecha, volviendo al río para recoger más cubos de agua, en un interminable circuito para que las plantas pudieran crecer y desarrollarse y ellos pudieran almacenar patatas para el invierno. La existencia, había pensado, la supervivencia tan dura y ansiosamente conseguida..., no era más que una constante lucha por asegurar esa superviven-

cia. No como aquellos antiguos días sobre los que había escrito Wilson hacía tanto tiempo, hurgando hacia atrás con inquisitivos dedos para intentar crear el pasado que había llegado a su final siglos antes de que él lo plasmara sobre el papel, obligado a ejercer una férrea disciplina de economía del mismo..., escribiendo a ambos lados de cada hoja, sin dejar márgenes en ningún lado de la página, ni blancos arriba y abajo. Y siempre con aquella pequeña y avara letra, aquella dolorosamente pequeña escritura, a fin de poder meter en el papel todas las palabras que bullían en su cerebro. Sufriendo con la preocupación que había mencionado una y otra vez..., la de que la historia que escribía estaba basada más en el mito y la leyenda que en los hechos, una situación que no podía ser evitada puesto que quedaban tan pocos hechos. Y sin embargo profundamente convencido de que la historia tenía que ser escrita antes de que los pocos hechos que quedaban desaparecieran por completo, antes de que el mito y la leyenda se distorsionaran aún más de lo que ya lo estaban. Sufriendo también por su evaluación del mito y la leyenda, sudando sobre su juicio al respecto; preguntándose a sí mismo, una y otra vez: «¿Qué debo incluir? ¿Qué debo dejar fuera?». Porque no podía incluirlo todo; algo tenía que quedar fuera. El mito acerca del Lugar de Ir a las Estrellas, por ejemplo, había quedado fuera.

Pero ya basta de Wilson, se dijo a sí mismo Cushing; debía dedicarse a cavar y arrancar las malas hierbas. Las malas hierbas y los insectos eran los enemigos. La falta de lluvia era también un enemigo. El sol demasiado caliente, un enemigo. No era sólo él quien pensaba así: había otros que cultivaban campos de maíz y de patatas en otros pequeños bancales, muy parecidos a aquel suyo, río arriba y río abajo, lo bastante cerca de los muros como para conseguir alguna protección contra los merodeadores ocasionales del otro lado del río.

Había cavado durante toda la tarde, y ahora, con el sol finalmente desaparecido tras los riscos que se alzaban al oeste, se acuclilló junto al río y contempló el agua. Corriente arriba, a kilómetro y medio o así, se erguían los pilares de piedra de un puente en ruinas, con algo de la superestructura del puente aún en pie, pero nada que sirviera para cruzar el río por él. Más río arriba aún, se alzaban dos grandes torres, antiguas estructuras de viviendas que los viejos libros llamaban rascacielos. Al parecer, habían existido dos tipos de tales estructuras —rascacielos normales y rascacielos para los viejos—, y se preguntó brevemente por qué habrían habido tales distinciones de edades. Nada de eso existía en la actualidad. No había ninguna distinción entre jóvenes y viejos. Vivían juntos y se necesitaban los unos a los otros. Los jóvenes proporcionaban la fuerza y los viejos proporcionaban la sabiduría, y trabajaban juntos en beneficio de todos.

Esto era lo que había visto cuando había llegado por primera vez a la universidad, y lo que había experimentado personalmente cuando había sido tomado bajo la protección de Monty y Nancy Montrose, una protección que con el tiempo se había ido transformando en algo más que una protección formal, porque vivía con ellos y se había convertido, a todos los efectos, en su hijo. La universidad, y más aún, Monty y Nancy, le habían dado igualdad y cariño. En los últimos cinco años se había convertido en parte integrante de la universidad, con todos los derechos, como si hubiera nacido en ella y hubiera conocido durante toda su vida lo que ahora reconocía como el único tipo de felicidad, algo que, en sus años de vagabundeo, no había conocido en ningún otro lugar. Ahora, agachado en la orilla del río, se admitió a sí mismo que se había convertido en una lastrante felicidad, una felicidad culpable, encadenado allí por una sensación de afectuosa lealtad hacia la anciana pareja que lo había recogido y lo había aceptado como parte de sí mismos. Había conseguido mucho en aquellos cinco

años allí: la habilidad de leer y escribir; algún conocimiento de los libros que, hilera tras hilera, llenaban las estanterías de la biblioteca; un mejor conocimiento de lo que era el mundo, de lo que había sido en un tiempo y de lo que era en el momento presente. Le había proporcionado también, dentro de la seguridad de sus muros, tiempo para pensar, para decidir qué era lo que deseaba hacer. Pero aunque había meditado y meditado sobre ello, aún no sabía exactamente qué era lo que quería para sí mismo.

Recordó, una vez más, aquel día lluvioso de principios de primavera, cuando se había sentado ante un escritorio junto a las estanterías de la biblioteca. Ahora había olvidado lo que había estado haciendo allí... quizá simplemente permanecer sentado mientras leía un libro que al final habría devuelto a su estante. Pero recordaba con sorprendente claridad cómo, en un momento de ociosidad, había abierto el cajón del escritorio y había encontrado allí el pequeño montoncito de notas escritas sobre las guardas que habían sido arrancadas de libros, escritas a mano con una letra pequeña y apretada, avara de espacio. Recordó que se había quedado sentado allá, helado por la sorpresa, porque no había ningún error respecto a aquella apretada y ahorradora escritura. Había leído la historia de Wilson una y otra y otra vez, extrañamente fascinado por ella, y no había habido ninguna duda en su mente, ni la más ligera cuestión, acerca de que aquellas eran las notas de Wilson, depositadas allí, en el cajón de aquel escritorio, aguardando a ser descubiertas un milenio después de haber sido escritas.

Las había sacado del cajón con manos temblorosas y las había depositado reverentemente sobre el escritorio. Las leyó con lentitud a la desvaneciente luz del lluvioso atardecer, y había en ellas mucho material que reconoció, material que finalmente había hallado su camino a la historia. Pero había una página de notas —en realidad una página y media— que no había sido utilizada, un mito tan escandaloso que finalmente Wilson debió decidir que no debía ser in-

cluido, un mito del cual Cushing jamás había oído hablar y del cual, según averiguó más tarde tras cautelosas indagaciones, nadie más había oído hablar tampoco.

Las notas hablaban de un Lugar de Ir a las Estrellas, localizado en algún sitio al oeste, aunque no había más referencias respecto a su localización... simplemente «al oeste». Todo sonaba horriblemente confuso y, a decir verdad, tenía más aspecto de mito que de realidad...; era demasiado fantástico como para ser cierto. Pero de todos modos, a partir de aquella tarde lluviosa, la fantasía de todo aquello no había dejado de atormentar a Cushing, y no dejaría de hacerlo nunca.

Al otro lado de la amplia turbulencia del río, los riscos se alzaban escarpados sobre el agua, rematados por una densa arboleda. El río emitía sorbientes sonidos en su discurrir, un apresurado fluir que lo arrastraba todo consigo, y bajo los sorbientes sonidos había un retumbar de fuerza que lo barría todo a su paso. Era algo poderoso el río, algo en cierto modo consciente y celoso de su poder, tendiéndose y tomando todo lo que podía alcanzar... un trozo de madera a la deriva, una hoja, un cubo de gorgojos de la patata, o un ser humano, si podía atraparlo. Mirándolo, Cushing se estremeció ante su amenaza, aunque no había nada que le hiciera sentir la existencia de esa amenaza. Se sentía tan en su casa allí junto al río como se había sentido en los bosques. Aquella sensación de amenaza, lo sabía muy bien, residía tan sólo en su actual estado de debilidad, nacido de una vaga indecisión e incertidumbre.

Wilson, pensó... De no ser por aquella página y media de las notas de Wilson, no hubiera sentido nada de aquello. ¿O sí? ¿Eran tan sólo las notas de Wilson, o había también la necesidad de escapar de aquellos muros, regresar a la libertad sin trabas de los bosques?

Estaba obsesionado con Wilson, se dijo furiosamente a sí mismo. Desde el día en que había leído por primera vez

la historia, el hombre se había alojado dentro de su mente y nunca se iría ya de allí.

¿Cuál había sido la escena con Wilson, se preguntó, aquel día de hacía al menos un millar de años, cuando se sentó por primera vez para escribir su historia, obsesionado por sus reconocidas insuficiencias? ¿Habrían susurrado al viento las hojas, al otro lado de la ventana? ¿Habría goteado la vela (porque en su imaginación siempre se escribía a la luz de una vela)? ¿Habría habido afuera una lechuza, mirando despectivamente con sus fijos ojos la tarea que el hombre se había impuesto?

¿Cuál había sido la escena con Wilson, aquella noche en el distante pasado?

3

«Debo escribirlo claramente —se dijo a sí mismo Wilson—, a fin de que en los años venideros todos quienes lo deseen puedan leerlo. Tengo que redactarlo con claridad y escribirlo con letra legible, y lo que es más importante, debo utilizar una letra pequeña, porque tengo poco papel.

»Me gustaría —pensó— disponer de más cosas sobre las que basarme, tener más hechos reales, que el contenido de mitos fuera menor, pero debo consolarme con el pensamiento de que los historiadores del pasado se basaron también en mitos, reconociendo que, puesto que es posible que sean la romantización e idealización de algunos tipos de hechos, los mitos tienen que basarse, por definición, en algunos sucesos ocurridos realmente y luego perdidos.»

La llama de la vela osciló con la ráfaga de viento que penetró por la ventana. En un árbol del exterior, una lechuga de ahuecado plumaje lanzó un estremecido grito.

Wilson mojó la pluma de ave en la tinta y escribió, pegado a la parte superior de la página, para aprovechar mejor el papel:

Un relato de las alteraciones que condujeron al fin de la primera civilización humana (siempre con la esperanza de que haya una segunda, porque lo que tenemos ahora no es civilización, sino una anarquía).

Escrito por Hiram Wilson, de la Universidad de Minnesota, en las orillas del río Mississippi, este rela-

to empieza el primer día de octubre del año 2952.

Dejó la pluma de ave a un lado y leyó lo que había escrito. Insatisfecho, añadió otro párrafo:

Compuesto de hechos reunidos a partir de libros aún existentes fechados en días anteriores, de evidencias recogidas de oído y transmitidas de boca en boca de los Días Turbulentos, y de antiguos mitos y folklore cuidadosamente examinados en busca de aquellos núcleos de verdad que puedan contener.

«Al menos, eso es honesto —pensó—. Pondré en guardia al lector de que puede haber errores, pero dándole la seguridad de que he trabajado en busca de la verdad de la mejor forma que me ha sido posible.»

Tomó de nuevo la pluma de ave y escribió:

No hay la menor duda de que hubo un tiempo, quizá hace quinientos años, en que la Tierra era poseedora de una intrincada y sofisticada civilización tecnológica. De todo ello no queda nada operativo. Las máquinas y la tecnología fueron destruidas, quizá en el lapso de unos pocos meses. Y no sólo eso, sino que, al menos en esta universidad, y suponemos que también en otros lados, toda o la mayor parte de la mención literaria de la tecnología fue igualmente destruida. Aquí, he podido comprobarlo, todos los textos tecnológicos han desaparecido, y en muchas ocasiones las alusiones a la tecnología contenidas en otros libros, no técnicos en su naturaleza, han sido eliminadas por el simple procedimiento de arrancar las páginas. Lo que queda del mundo impreso relativo a la tecnología y a la ciencia es tan sólo de naturaleza general, y puede relacionarse con

una tecnología que en el momento de la destrucción estaba considerada tan desfasada que parecía no constituir ninguna amenaza para la supervivencia. A partir de esas alusiones que han quedado podemos conseguir un atisbo de cuál podía ser la situación, pero no tenemos la información suficiente como para percibir todo el alcance de la antigua tecnología ni su impacto sobre la cultura. Viejos mapas del campus muestran que hubo un tiempo en el que existían varios edificios que estaban dedicados a la enseñanza de tecnología e ingeniería. Ahora esos edificios han desaparecido. Hay una leyenda relativa a que las piedras con las que estaban construidos esos edificios fueron utilizadas para erigir el muro defensivo que ahora rodea el campus.

Lo absoluto de la destrucción y el modo aparentemente metódico en que fue realizada indican una rabia irrazonable y un arraigado fanatismo. Buscando una causa, la primera reacción es concluir que surgió a través de una rabia nacida de un odio hacia lo que la tecnología había traído consigo... el agotamiento de recursos no renovables, la polución del medio ambiente, la pérdida de trabajos, que dio como resultado un desempleo masivo. Pero este tipo de razonamiento, una vez examinado, parece demasiado simplista. Un análisis más profundo permite suponer que el agravio básico que desencadenó la destrucción se basaba en el sistema social, económico y político que la tecnología había fomentado.

Una sociedad tecnológica, para ser utilizada plenamente, requiere grandes magnitudes... grandes magnitudes en la estructura social, en el gobierno, en las finanzas y en las áreas de servicios. Las grandes magnitudes, siempre que sean manejables, ofrecen muchas ventajas, pero en un determinado estadio de su crecimiento, se vuelven ingobernables.

Aproximadamente en el momento en que las grandes magnitudes adquieren ese tamaño crítico donde tienden a hacerse ingobernables, desarrollan también la capacidad de adquirir su propio impulso y, en consecuencia, se vuelven aún más fuera de control. Una vez fuera de control, los fallos y los errores se deslizan dentro de su operativa y quedan muy pocas posibilidades de corrección. Sin corrección, los fallos y errores se perpetúan y se realimentan para crear mayores fallos y aún mayores errores. Eso ocurre no sólo en las propias máquinas, sino también en la cumbre de las estructuras gubernamentales y financieras. Los directivos humanos pueden darse cuenta de lo que está ocurriendo, pero son impotentes de enfrentarse a ello. Para entonces las máquinas ya están actuando fuera de control y arrastrando consigo las complicadas estructuras sociales y económicas que han hecho no sólo posibles, sino también necesarias. Mucho antes del derrumbe final, cuando los sistemas fallaron, debió de producirse una marea ascendente de rabia en todo el país. Cuando finalmente llegó el derrumbe, la rabia debió de cristalizar en una orgía de destrucción, una urgencia de barrer completamente los sistemas y la tecnología que habían fallado, de tal modo que no pudieran ser vueltos a usar de nuevo. Cuando esta rabia hubo terminado su trabajo, no sólo las máquinas resultaron destruidas, sino también el concepto en sí de tecnología. Que el trabajo de destrucción pudo haber sido de alguna forma mal dirigido es indudable, pero debe tenerse en cuenta que la destrucción debió de ser realizada por fanáticos. Una de las características del fanático es que necesita disponer de un blanco contra el cual dirigir su rabia. La tecnología, o al menos las evidencias externas de ella, debían de ser no solamente muy visibles, sino también satisfactorias.